

mano, atraen sobre sí mañana esa misma violación. La norma de su conducta debe ser el respeto á las nacionalidades, la consagración del derecho, el libre ejercicio de la soberanía de los pueblos, la condenación de la fuerza y la apoteosis de la justicia. Sólo así pueden salvarse de los peligros que ocultan nuestros tiempos. ¿Lo harán? No lo creemos. El derecho internacional continuará siendo la voluntad de los fuertes; Venecia tendrá sobre sí la coyunda del Austria; Polonia continuará descuartizada; Hungría vendida; Bélgica amenazada; Gibraltar usurpado, y el problema, el gran problema de las nacionalidades, quedará en pié para que lo resuelva la única idea que puede resolverlo: LA DEMOCRACIA.

Diciembre 7 de 1859.

SRES. REDACTORES DE LA REGENERACION.

Muy señores míos : Las acusaciones injustísimas que Vds. han dirigido á mis humildes artículos, me mueven á interrumpir el silencio que me habia propuesto guardar en todo cuanto á mi personalidad se refiriese. Ustedes recordarán que sus provocaciones han sido diarias y porfiadas; que no he escrito un artículo, ni he apuntado una idea, que no haya encontrado una refutación en las columnas de su periódico. Epigramas contra mi estilo, burlas de mis fundadas esperanzas, ataques directos á mi persona, negaciones rotundas, alguna que otra punzada maligna, todo, todo lo han agotado Vds., y yo nada he respondido, porque á pesar de que no ando á campana herida encareciendo por esos mundos mi religiosidad y

mi ortodoxia, como suelen los que ménos las conocen, he aprendido á perdonar las injurias en las divinas páginas del Evangelio. Me maravilla mucho un fenómeno que he observado en Vds., y del cual voy á hablarles con mi natural franqueza. Ustedes se curan mucho de la ortodoxia de las ideas, aunque en materias de religion su autoridad valga tanto como la de cualquier católico, puesto que no les reconozco ninguna dignidad eclesiástica; se curan mucho de la ortodoxia de las ideas, pero se curan poco de la ortodoxia (permítaseme la frase) de las acciones. Aquella humildad evangélica; aquel respeto y amor al prójimo; aquella compasion por el que padece la enfermedad del error; aquella desconfianza de las propias fuerzas; aquella uncion santísima; aquel deseo de atraer por la persuasion á los descarriados; aquella duda de la propia virtud, aunque fuese acrisolada y sublime; aquella caridad ardiente, calidades que distinguian á los grandes apóstoles de la fé, no las he encontrado nunca en sus escritos, que rebosan en odio á todos los que como Vds. no piensan. Y créanlo Vds., no es la mejor manera de allegar prosélitos. Yo de mí sé decir que, mientras la reconvencion dulce y

amistosa toca pronto mi corazon, y lo conmueve y lo atrae, la reconvencion altanera, impregnada de odio, orgullosa, cierra mi alma á toda persuasion. Y creo que lo que en mí sucede, tambien sucede en todo ánimo varonil y entero. Mas dejando todo esto aparte, como cosa liviana y de poco momento, entremos en el fondo de la cuestion.

Ustedes han negado que la democracia sea cristiana. Yo he sostenido que es cristiana la democracia. Aqui está el punto capital de tanto articulo, de tanto suelto, de tantas palabras dadas al viento. Yo he creido siempre que la libertad es cristiana, yo he dicho que la libertad cuenta entre sus cantores el Dante, entre sus apóstoles á Santo Tomás, entre sus mártires á Dios. Dije esto desde el primer dia que hablé, y esto he sostenido siempre. Ustedes, al contrario, han creido que la teocracia es más cristiana, que los reyes absolutos son fieles guardianes de la religion, que la libertad natural es una blasfemia, que los principios asentados en 1789 son una heregía, que la democracia es una rebelion de Satanás, que el dogma del progreso es el dogma del orgullo humano, que la igualdad ha venido á prostituir á

los pueblos, que la fraternidad ha enconado los ánimos, que las nuevas ideas son rayos de fuego del infierno, y que mientras la sociedad debe volver á encauzarse, á recluirse en el fondo del claustro, á purgar todos los escándalos revolucionarios, nosotros los liberalistas, los hijos de los leprosos del siglo, no tenemos más remedio que el no muy blando de morir asados en las hogueras de la inquisición. Creo que no negarán Vds. la propiedad de los chamusconillos.

Mas, permítanme Vds. hacer una observacion y un paralelo antes de pasar adelante, entre su religiosidad y mi religiosidad. Yo he sostenido que mis ideas son religiosas, sabiendo que no habia por esto de ganarme ninguna simpatía en los que monopolizan el dictado de religiosos; yo lo he sostenido por amor á la verdad, por amor á la fé que me enseñó mi madre. Ustedes sostienen su religiosidad, sabiendo que esa religiosidad les ha de servir de mucho en los comicios electorales, y ante el público á quien se dirigen, y que de seguro no lee mis escritos. Yo no necesito la religion para la política, porque, con toda la escuela liberal, creo que la religion puede existir, y existirá con todas las formas de gobierno. Ustedes

no, Vds. han tomado la religion por arma de partido, la blanden desde la redaccion, la usan como una bandera en los comicios electorales, la tuercen para fines mundanos, declaran excomulgados á todos los que no siguen su parcialidad, y, como Mahoma, prometen á sus adeptos la felicidad en este mundo y el cielo en el otro. ¿Quién se atreve á luchar con Vds.?

Pero no por eso deja de ser menor verdad mi tésis fundamental, que se reduce á decir: «La democracia es cristiana; es el corolario político de la verdad religiosa encerrada en las páginas del Evangelio.» El cristianismo tiene su verdad religiosa, su verdad moral, su verdad artística, su verdad política; y su verdad política es la democracia. ¿En dónde hemos aprendido la libertad humana, la igualdad, el horror á la tiranía, la conciencia de que el hombre está destinado á un perfeccionamiento indefinido, el dogma sagrado del progreso? Lo hemos aprendido en las páginas del Evangelio, en la historia de los primeros siglos de la Iglesia, en las grandes controversias de los doctores, en la trasformacion que despues de diez y nueve siglos ha sufrido el mundo, en las mismas hogueras donde perecian los mártires de

la verdad por no reconocer en los Césares la imagen y la representación de Dios.

Las teorías políticas de Vds. son puro paganismo, mientras nuestras teorías políticas son puro cristianismo. Y si no, vamos á probarlo. ¿Cuál era la base de la política en el mundo antiguo? La sociedad. Si, la sociedad dirigía las conciencias, amortizaba el trabajo y la propiedad, arrancaba los ciudadanos al hogar doméstico, imponía una religión al espíritu, sustituía la familia, sentía, obraba, pensaba por el hombre; era el ídolo ante el cual se inclinaban todas las frentes; era el oráculo de todas las ideas; era el ideal supremo de todas las acciones; era, en una palabra, todo el hombre, y por eso, aunque el gobierno tomara el dictado de monarquía ó de república, si variaba en la forma, en el fondo dejaba siempre la tiranía del Estado. ¿Y no es lo mismo lo que Vds. piensan, lo que Vds. creen, lo que Vds. predicán? En la monarquía absoluta, el rey es todo. El rey es la ley, el rey la patria, el rey el derecho, el rey viola cuando quiere la propiedad particular, el rey impone sus ideas á la conciencia de sus vasallos, el rey es toda la personalidad del hombre. Y si Vds. lo dudan re-

cuerden qué procedimientos necesitó Carlos III para matar nuestras antiguas leyes, qué obstáculos se opusieron á que Pedro el Cruel inmolara á su esposa y á sus hermanas, qué escrúpulo asaltaba á los Felipes cuando se alzaban con las flotas venidas para sus vasallos de América y mandaban valorar para su Tesoro hasta las alhajas de las iglesias, qué inconveniente se oponía á que los reyes absolutos tasasen hasta el precio de los comestibles y dispusieran hasta la forma del vestido, y se mezclaran hasta en el menaje de las casas, y cerrasen todo respiro á la actividad del hombre. En cierta ocasión andaba triste y meditabundo Luis XIV. Sus cortesanos ni siquiera se atrevían á preguntarle la causa de su profunda tristeza. Solo en sus ahogados suspiros y en sus téticas miradas adivinaban que el rey padecía remordimientos. Un día el rey se mostró más alegre, después de haberse confesado. Entonces le preguntaron la causa de su alegría. «Tenía remordimientos, dijo, por los grandes tributos que he impuesto á mi pueblo; pero me he convencido de que, siendo mío todo el reino, aún deben agradecerme mis vasallos lo que les he dejado.»

Toda esta teoría del poder es una teoría pura-

mente idólatra; es la teoría de los imperios orientales subyugados por el panteísmo materialista; es la teoría que endiosa á un mortal y lo convierte, como el rey babilónico, en miserable bestia. La democracia, que quiere el gobierno del mundo por las leyes naturales de nuestra alma, tan inmutables y perennes como las leyes de la naturaleza, está inspirada por el espíritu cristiano, que vino á lavar con la sangre del justo la conciencia humana, para que resplandeciera en ella con luz más viva la eterna imágen de Dios. El despotismo, que une en consorcio sacrílego el poder espiritual y el poder temporal; que desconoce la eterna ley de la justicia; que pisotea la libertad del hombre; que apaga la luz del alma en el lodo de la materia; que se desliza en el santuario de la conciencia para extinguir la vida; que mata la dignidad moral, sin cuyo timbre no puede ser el hombre, existirá en pueblos envilecidos, en pueblos que no tengan nocion de justicia, en pueblos entregados al culto de la materia; pero no puede existir en los pueblos que conocen sus derechos, que saben su origen divino, que han aprendido la libertad y la igualdad; no puede existir en pueblos cristianos. Ya lo dijo el gran

Tertuliano: «Los Césares serian cristianos si pudiesen ser á un mismo tiempo cristianos y Césares.»

Creo que con estas razones bastaria para probar que el espíritu democrático está en consonancia con el espíritu cristiano, mucho más que el espíritu de las sociedades ya muertas y que pretenden resucitar Vds., contra todos los decretos de la Providencia. Pero prosigamos. Ustedes, ¿qué quieren? Quieren el fatalismo social. Creen que el hombre no puede dirigirse por sí mismo, y le condenan á vivir atado bajo las plantas de su señor. El fatalismo es la ley de la sociedad pagana. Do quier volveis los ojos, encontrais esa ley en todo su vigor. Prometeo bajo sus cadenas, Edipo recorriendo ciego los campos de Collonna, Ixion atado á su rueda, Caton muriendo porque creia que la libertad humana no podia nada contra el destino; todos esos grandes tipos heróicos y humanos de la sociedad antigua, en sus varias manifestaciones, representan la misma idea que ustedes vienen metamorfoseando todos los dias, la idea de la decadencia irremediable del hombre, de la fuerza del destino y de la nada de la libertad. Nosotros, hijos del cristianismo, no podemos

sostener esa teoría. Nosotros creemos que la libertad es el sello que distingue al hombre y le eleva sobre todos los seres de la creación. Y como creemos que sin libertad no podía existir el hombre, queremos que la libertad se aplique á todas las esferas de la vida humana. ¿Quién es más cristiano, el que degrada al hombre hasta convertirlo en esclavo, ó el que le ensalza hasta hacerle el ideal de la sociedad, como que en su alma está grabada la imagen de Dios?

Pues si de aquí pasamos á la igualdad, ¡qué diferencia entre Vds. y nosotros! Ustedes creen, como la sociedad antigua, en la desigualdad natural del hombre. En el mundo oriental existía la casta, en el mundo griego el esclavo, en el mundo de la Edad media el siervo. Ni el siervo, ni el esclavo, ni el pária, son cristianos. El siervo, el pária y el esclavo, han nacido al calor de la idea que proclamaba la desigualdad natural entre los hombres. Esa idea elegía á los privilegiados para el poder, á los infelices para el trabajo; hacia á los unos dioses, hacia á los otros bestias; personificaba la virtud, la ciencia, en una casta, en una familia, y al que habia nacido en las escalas inferiores de la sociedad, lo condenaba á eterna de-

gradacion, borrando en él toda idea de justicia, todo sentimiento de dignidad humana. Ustedes no me recusarán la autoridad de Bonald. Pues bien, Bonald sostiene que ciertas clases no deben gozar ni de la libertad, ni del derecho, ni del gobierno, porque han nacido para la desgracia y para el trabajo; como si todos no hubiéramos sido igualmente redimidos; como si todos no tuviéramos un mismo padre, que está en los cielos; como si todos no perteneciéramos á una misma familia, que es la humanidad; como si todos no gozáramos de una misma alma; como si todos no estuviésemos llamados á un mismo destino; como si todos no fuéramos hombres.

El dogma del progreso es otro de los dogmas que Vds. desconocen. Ustedes, desde que la civilizacion ha huido del despotismo antiguo, creen que la civilizacion se ha perdido. Proclaman que el hombre del siglo XIX es un rebelde, enemigo de Dios. ¿Y por qué? Porque se ha levantado de la esclavitud y ha escrito al frente de sus códigos la palabra inmortal de su derecho. Ustedes quieren que el hombre viva siempre temblando; siempre entregado al miedo de sí mismo; siempre dispuesto á ser esclavo. Y el cristianismo ha dicho al

hombre: «Sé perfecto, como es perfecto tu padre, que está en el cielo.» Y esta perfeccion es imposible mientras el hombre tenga un yugo sobre su voluntad, mientras se degrade vilmente de su origen divino, enagenando su libertad, que es su vida. El dogma de la decadencia irremediable del hombre no puede ser el dogma del cristianismo, del hombre redimido. Vean Vds., pues, cómo aquí Vds. son los paganos, y nosotros somos los cristianos. Los enemigos del progreso se parecen al héroe antiguo, que, privado de esperanza, buscaba en la muerte el único lenitivo posible á sus dolores.

Pero voy á concluir esta carta, y en otra, si me lo consienten mis ocupaciones, mostraré que si en esta polémica ha habido heregias, han sido cometidas por Vds. Me extraña mucho que ustedes, tan religiosos, se afanen por publicar las culpas ajenas y encarecerlas, y por ocultar las propias, olvidados de aquellas confesiones generales que solian hacer los fieles que no se tenian por impecables. Yo no diré que yo no haya faltado, que no falte; pero sí diré que cuando veo á un hombre sumido en el error, olvidado de los grandes principios que son como los ejes de diamantes

tes sobre que gira la vida humana, me inspira una compasion muy profunda, y que siempre desearé la salud y el bien, aún para aquellos que sean mis enemigos. Se ofrece de Vds. afectisimo
S. S. Q. B. S. M.

Setiembre 24 de 1859.